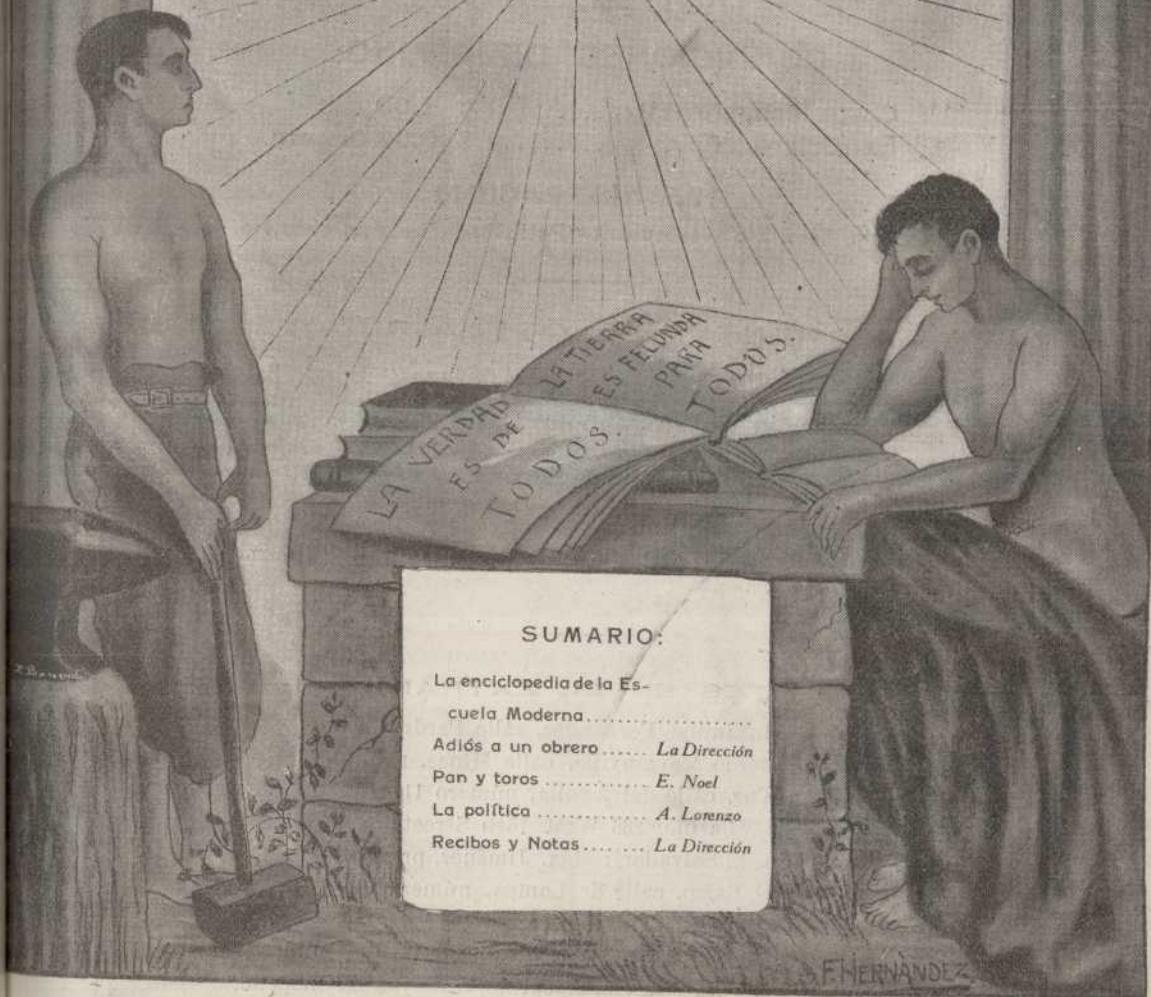


RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGIA
ARTE



SUMARIO:

- La enciclopedia de la Escuela Moderna
- Adiós a un obrero *La Dirección*
- Pan y toros *E. Noel*
- La política *A. Lorenzo*
- Recibos y Notas *La Dirección*

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 247, restaurant "Petit Paris" -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkins — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — PARISMINA: Hernán Calzada — SANTO DOMINGO: José T. Ortega — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilaríño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568.
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

10 de Julio de 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 61

La enciclopedia de la Escuela Moderna

Exposición de los principios y plan de Enciclopedia
de Enseñanza Popular Superior

Los filósofos racionalistas de fines del siglo XVIII crearon necesidades nuevas en una sociedad nueva.

Los cuadros sociales se ensanchaban; las ideas de igualdad tendían a hacer de cada hombre un ciudadano, y se procuró naturalmente extender a todos los beneficios del saber, que hasta entonces habían sido patrimonio de unos pocos.

El siguiente siglo desarrolló con creciente rapidez todas las ramas de las ciencias.

Hasta no hace mucho, toda nuestra ciencia cabía en un manual de reducidas dimensiones. Hoy no es ya así: es ardua y costosa la tarea de emprender cualquier estudio, por lo varias y dispendiosas que son las fuentes de investigación. Las obras que reúnen los materiales adecuados a los especialistas no son, por otra parte, muy manuales; son casi siempre muy incompletas y prestan utilidad sólo en campo muy reducido.

La diversificación de las ciencias hace que los sabios tiendan más cada día a convertirse en especialistas de una de ellas; hasta de una de sus ramas.

En la Edad media el sabio abarcaba todos los conocimientos de su tiempo, Hoy se es químico, físico, historiador; es raro que en nuestra época ningún hombre abarque el vasto conjunto del saber. Impotente

para realizar una síntesis, se es siempre que más, historiador, psicólogo, sociólogo.

La ciencia, por otra parte, es todavía privilegio de algunos elegidos. Al obrero encorvado sobre su tarea le está negado explorar el patrimonio de la humanidad. Los mismos institutores, fuera de los elementos de los programas, no pueden seguir sino desde muy lejos la evolución de los conocimientos.

De ello se derivan grandes males: los conocimientos no se difunden como sería menester; carecemos de ideas comunes que podrían concertar la acción de los diversos individuos y de los diversos grupos, pues la actividad del hombre está regulada por la concepción individual que se forma del hombre y del universo.

Y como el hombre no debe vivir aislado, se encuentra en la vida colectiva trazadas las líneas generales del sistema, al cual se somete, por carecer de concepción propia metódica.

Pues bien, en la actualidad varios géneros de explicaciones se disputan el predominio de los grupos sociales. Se las puede reducir a dos grandes clases: las concepciones religiosas y las científicas.

Tienen las primeras en su apoyo la enorme fuerza de la tradición, y se presentan además con la apariencia de un sistema completo en que están

anticipadamente resueltas al parecer todas las objeciones. Como tienden a lo absoluto, dogmatizan y su masa activa se aumenta con todos los débiles que arrastran.

Las explicaciones científicas carecen de dogmatismo, son vacilantes, lo que es propio de lo que está en formación. Por esto la Ciencia aparece menos coherente que la Religión y exige un esfuerzo intelectual que no requiere la otra.

El que desea adquirir nociones científicas viene obligado a reobrar contra el medio social que se alimenta de tradiciones, y esto no es siempre asequible a todos. Hasta especialistas en una materia determinada aceptarán en lo demás la metafísica imperante en su grupo social. De ahí esa disparidad entre las ideas y la conducta.

Las especializaciones son una necesidad y un bien, porque todo trabajo, para ser eficaz, necesita ser limitado; pero es necesario encontrar para la acción una base común.

Al hombre se le presentan siempre cuestiones relativas a su origen y a su destino. Ha de optar entre las respuestas científicas y las que le imponga su grupo social, por absurdas que sean.

De ahí la necesidad de hacer una sistematización de la ciencia y de divulgarla. Pero la dificultad está no tan sólo en presentar de un modo exacto y preciso ese cuadro de conjunto del estado de la Ciencia en un momento dado, si que también en los métodos y en el lenguaje especial que cada ciencia exige.

Asegurándonos el concurso de personal idóneo en cada una de las ramas del saber, creemos haber orillado ese obstáculo.

Lo apuntado nos ha llevado a considerar la *Enciclopedia de Enseñanza popular superior* como obra necesaria.

A ello obedece la publicación de los 15 volúmenes cuya enunciación sigue.

No aspiramos a dogmatizar en

ellos, sino a afirmar tan sólo lo que consienten los hechos actualmente patrimonio comprobado de la ciencia. Los conocimientos de hoy pueden y deben modificarse al compás de nuevos progresos.

Los autores de los libros cuya publicación emprendemos se limitarán a reunir y clasificar los hechos científicamente explicados.

Expondrán verdades adquiridas sin elevarse al terreno de las hipótesis. Sus ideas particulares podrán exponerlas en los prólogos de sus obras. El lector, con su espíritu crítico, formará el juicio que más acertado le parezca.

Los fenómenos serán explicados en los libros de los que damos una ligera idea, y se publicarán en el orden en que los anotamos:

I. La evolución de los mundos.— Reseña la formación de nuestro sistema solar, y la demostración del mismo nos sugiere cuál ha podido ser la formación de los otros sistemas siderales. En él vemos cómo se ha condensado en una nebulosa la materia difusa en el espacio, cómo de esa nebulosa se han separado los planetas, los mundos de hoy.

Sigue un breve pero muy interesante tratado acerca de los progresos realizados por la Astronomía.

II. Historia de la Tierra.— En esta obra volvemos a tomar la Tierra en el momento en que se ha separado de la nebulosa y se ha convertido en el planeta que habitamos. Veremos por qué serie de fenómenos físicos y químicos han aparecido el aire y el agua en su superficie. La historia de la Tierra se torna desde entonces fácil para nosotros, pues en la corteza terrestre se descubren las grandes etapas de dicha historia. La geología nos permitirá conocerlas y la paleontología seguir la evolución de los seres que en la superficie de nuestro globo han dejado huellas de su existencia. Veremos cómo prosigue en nuestros días la evolución de la Tierra bajo la influencia de los fenómenos de erosión,

de los fenómenos sísmicos o temblores de tierra, y de las erupciones volcánicas. Una parte de este libro estará consagrada al estudio del mar, porque en el medio marino es donde la vida se ha desarrollado primeramente. Esto nos llevará a estudiar en el volumen siguiente la aparición de la vida.

III.—**Origen y evolución de la vida.**—¿Es diferente la materia orgánica de la que nos ofrecen los cuerpos inorgánicos de la química? Desde hace mucho tiempo se debate esta cuestión entre sabios y filósofos.

En esta obra hallará el lector la exposición de los conocimientos actuales acerca de éste punto. Desde las famosas discusiones entre Pouchet y Pasteur ha progresado mucho la ciencia y la discusión está colocada hoy en muy distinto terreno. Como afirma Pouchet, la vida es sólo una modalidad de la materia, pero como dice Pasteur, la materia viviente se produce de distinto modo que la materia bruta. Es difícil, sin embargo, y hasta arbitrario, establecer demarcación entre una y otra.

IV. **Evolución de los seres vivos.**—Se sigue fácilmente, leyendo este libro, la evolución de los seres, desde el protozoo, el más sencillo de los seres organizados, hasta los mamíferos, que son los más elevados en organización. Las células vivientes en el medio acuático se han agrupado en colonias diversas, según las diferentes circunstancias, de manera a formar otros tantos seres diversos.

En la serie paleontológica se siguen las modificaciones de los seres vivientes en su evolución hasta las formas actuales. Finalmente, la evolución autogénica del hombre nos muestra que el individuo pasa desde su concepción a su completo desarrollo, por estados correspondientes a los de los animales desde el origen de la vida. Tenemos, pues, fuentes diversas que nos permiten demostrar la evolución de los seres vivientes.

V. **Los factores de la evolución de los seres.**—Las obras precedentes han probado a los lectores que todos los seres evolucionan; falta establecer las condiciones, la situación del ser viviente desde el punto de vista del medio físico, su tamaño y sobre todo su herencia.—Estos factores, combinados, producen los tipos diferentes de vida. Así es cómo tenemos lo que se llama en historia natural **facies**: animales de las grandes profundidades, de la superficie, de las cavernas, etc.

VI. **Origen y evolución del hombre.**—En su verdadero terreno colocada, la cuestión del origen del hombre no difiere de la del origen de las especies animales. Puede decirse que fue resuelta por Darwin. Pero desde aquella época han venido numerosos hechos a aclarar la cuestión. El tipo del antepasado de la humanidad ha podido ser reconstituido; hemos encontrado un vestigio de él en los terrenos terciarios superiores de Java. Más tarde aparece el hombre en los yacimientos de los valles del Rhin y del Meuse, y las huellas de su industria se ven esparcidas sobre toda la superficie de la Europa occidental y central. Los salvajes más atrasados de la época actual pueden también darnos una idea de lo que fueron nuestros antepasados en aquella remota época.

VII. **El Pensamiento.**—Una de las precedentes obras nos enseña que la vida es un mecanismo resultante de las propiedades de la materia. Vamos ahora a seguir las manifestaciones más y más complejas de la vida de las funciones vegetativas a las funciones intelectuales más elevadas, hasta a los fenómenos de conciencia.

La conciencia, es decir, el conocimiento del individuo por sí mismo es una función de las partes anteriores del cerebro. Esa función se descompone, se fracciona, se transforma y desaparece con las modificaciones del órgano del cual es el modo de actividad.

VIII. **Historia de las Civilizaciones.**—Hasta aquí hemos considerado el hombre a la manera de un naturalista. Debemos examinarle ahora desde el punto de vista de su actividad social. Manifiéstase esta actividad por el conjunto de hechos que llamamos **Civilización**. Una civilización es el conjunto de las actividades sociales de un grupo humano localizado. Pasaremos brevemente revista a las grandes civilizaciones del mundo y procuraremos no quedarnos en la sombra pueblos que los historiadores clasifican de ordinario entre los no civilizados: civilizaciones de la América septentrional y central, del África occidental, de la Polinesia, etc. Entre las grandes civilizaciones examinaremos sucesivamente Egipto, Caldea, Persia, India, China, las civilizaciones mediterráneas y las de Europa occidental; los grandes Imperios históricos nos ocuparán también en razón de su influencia: Imperio romano, Imperio carolingio, Sacro Imperio, etcétera.

IX. **Las Religiones.**—En el origen de todas las sociedades, cuando faltan casi por completo las ideas experimentales, se observa que casi todos los fenómenos sociales son indiferenciados, pero que los fenómenos religiosos se diferencian los primeros. En estas manifestaciones religiosas no se ve aparecer un Dios propiamente hablando. El hombre depende de su **totem**, especie animal o vegetal con la cual cree tener relaciones de descendencia. Después del culto al **totem** se desarrolla el de los antepasados. Observamos que en los pueblos antiguos históricamente conocidos está formada la noción de divinidad.

Si se observa, como nosotros hacemos, los cultos de los pueblos antiguos, egipcios, babilonios, sirios, persas, griegos, romanos, eslavos, germanos, celtas, o las grandes religiones universalistas, o las de los pueblos que han conservado una antigua tradición, como los chinos, los

japoneses, los israelitas, los indus, o bien pueblos llamados salvajes todavía existentes, se comprobará que las religiones son fenómenos que aparecen, evolucionan y desaparecen bajo la influencia de causas varias, pero determinables.

X. **El Derecho y la Moral.**—Del propio modo que se ha pretendido que existe un sentido religioso, se ha pretendido que existía un sentido moral. Nosotros encontramos el fundamento de la moral en las formas elementales del derecho en las múltiples interdicciones que prohíben tanto mezclar hijos de diferentes colores como apoderarse de lo que pertenece al vecino. En un principio nos aparecen estas prohibiciones como unidas a creencias religiosas.

Después vemos cómo el derecho se desprende de su ganga, mientras que en ciertos lugares la moral se separa de ella hasta convertirse en pura abstracción, pero mientras que la moral continúa siendo una práctica de aplicación casi individual, el derecho se cristaliza hasta convertirse en un anacronismo y no responder ya a las necesidades de la sociedad que lo emplea.

XI. **Las organizaciones sociales.**—Partiendo del tipo de la horda, encontramos primeramente esos grupos de simple bipartición como las sociedades australianas. Después vienen las sociedades de segmentos múltiples: Melanesia, Américas, etcétera. . . ., por encima se encuentran las confederaciones de tribus gobernadas por un consejo central (iroqueses, mokis, etc. . .) que, reducidas a la obediencia bajo un jefe único, un monarca, devienen una verdadera nación, como la de Guinea y la colonia del Cabo. En esas sociedades se establece desde muy temprano la división de funciones. Se forman sociedades llamadas secretas, con poderes tanto más amplios cuanto menos ha evolucionado la sociedad. Encontraremos esas sociedades secretas hasta en las civilizaciones complejas (sociedades corporativas

de la Edad media, francmasonería). Más tarde se establece otro procedimiento de diferenciación, el de la división en clases según la aptitud guerrera o la riqueza de los miembros de la sociedad. Jamás ha existido una realeza que haya reinado destruyendo todas las desigualdades de clase.

En la Edad media vemos las asociaciones corporativas convertirse en verdaderas potencias; toman entonces la forma urbana y dan origen a los comunes. A consecuencia de la necesidad experimentada en las sociedades muy diferenciadas de constituir unidades especializadas, es por lo que vemos formarse hoy de una manera muy diferente las asociaciones corporativas bajo el aspecto de los sindicatos.

XII. Los sistemas económicos.—Observaremos primeramente que el estudio de los sistemas no se confunde con el de las doctrinas económicas.

Estudiando las sociedades más inferiores vemos que todos los bienes son comunes entre todos los individuos que componen esas sociedades.

Con la formación de organismos especiales aparecen distribuciones diversas de los bienes producidos por el conjunto de la comunidad; la misma producción se encuentra generalmente reglamentada. Cuando las naciones están formadas, vemos que se reglamenta la producción y no ya solamente la distribución de los bienes; ciertas clases deben producir (estando fijada hasta la producción). El consumo mismo está sometido a ciertas reglas. Con el descubrimiento de nuevas tierras y la extensión del comercio, los cambios económicos adquieren una amplitud excepcional, circulan los capitales y con ayuda de las leyes se concentran en las manos de un pequeño número de individuos, de donde se origina malestar para los productores, malestar acrecentado todavía por las máquinas, que de-

terminan una verdadera crisis en la situación de los que producen.

XIII. Evolución de la tecnología y del arte.—Una de las principales diferencias que comparado con los animales presenta el hombre, es la de poder obrar sobre los medios que le rodean mediante instrumentos que son como prolongación de sus órganos. La evolución es larga desde las herramientas primitivas del australiano hasta las herramientas tan complejas del europeo moderno. Después de haber utilizado sus propias fuerzas, el hombre utiliza fuerzas exteriores: vapor, electricidad, etcétera.

Entre todas las técnicas las hay que tienen por objeto expresar emociones colectivas: esas son las Bellas Artes. En el actual estado de la conciencia social, las emociones colectivas son tan necesarias a la vida de las sociedades como las técnicas propiamente dichas. El sistema desarrollado por el trabajo en común, ha dado origen a la danza y a la música. Necesidades económicas, religiosas, tecnológicas, dan origen a las artes gráficas en general: esculptura, pintura, decoración.

XIV. Los factores de la evolución social.—Los hombres agrupados en sociedades han sufrido influencias cuyos resultados han sido expuestos en los volúmenes precedentes. La humanidad no ha evolucionado en virtud de un plan *a priori*, sino en razón de ciertos factores a los que vamos a pasar revista.

Debemos ante todo otorgar una gran parte a las condiciones físicas: el clima, la situación geográfica de los pueblos han motivado el reparto de los individuos en diferentes puntos de nuestro planeta; la riqueza de viveres, las facilidades de acceso a los lugares en que era posible procurárselos más cómodamente, han dado origen a centros de población densa. Las facilidades de comunicación tienen también una gran influencia sobre el desarrollo de las formas sociales.

Otro poderoso instrumento del progreso es el lenguaje: los idiomas menos adaptados a las necesidades nuevas, han desaparecido cediendo el sitio a los mejores, formando así un factor de homogeneidad.

La escritura desempeña un papel semejante.

No hay que olvidar finalmente la acción de los hombres que, por su desarrollo intelectual anormal, han podido tener en una época dada una influencia aceleradora sobre la sociedad de la cual formaban parte.

XV. El Hombre y el Mundo.— Este libro saca la conclusión de los precedentes y muestra a qué resultados han llegado las ciencias en la hora actual. En él se encontrará la prueba de que si no hemos resuelto todos los enigmas del universo, conocemos un considerable número de hechos, más que suficientes, para mostrar que las viejas teorías espiritualistas del mundo deben ser irremediablemente excluidas de nuestro pensamiento.

Nuestra **Enciclopedia** no ofrece una clasificación de las ciencias; en ella se presentan sólo los hechos encañados en serie por su dependencia o relación lógica.

Al observar que la cosmografía comprende dos volúmenes, la biología tres, la antropología una, la psicología uno y la sociología siete, acaso se nos objete que no existe proporción entre la importancia dada a las diversas ciencias generales y su importancia real. Responderemos a la objeción, que como la sociología, no ha llegado a un estado de sistematización tan adelantado como las otras ciencias, nos ha parecido útil presentar sus más importantes aspectos con mayor desarrollo. En una ciencia en formación, los hechos están menos bien identificados y menos coordinados que en las ciencias evolucionadas; de ahí la mayor amplitud con que son tratados.

Por otra parte, la sociología es la más compleja de las ciencias; los

mismos hechos revisten, según la ocasión y el lugar, diferentes aspectos; la sociología es además la ciencia que más de cerca toca a los lectores, y los problemas que entraña son conexos a la política, a la moral, de suerte tal que todos creemos poder resolverlos porque en ellos estamos interesados. Todo esto justifica sobradamente, a nuestro entender, la amplitud que hemos dado a tan interesante estudio.

Tratándose de una publicación de 15 volúmenes, en la cual se ha de emplear algún tiempo, comprendemos que al terminar no estará acabada nuestra obra con relación a los progresos que hayan hecho las ciencias en el intervalo. A este inconveniente obviaremos publicando pequeños fascículos que sirvan de apéndice a los volúmenes respectivos.

No era fácil la elección de autores y esto nos ha preocupado hondamente. Obra de vulgarización la nuestra, se requería para llevarla a cabo verdaderos sabios, que dominaran la materia aplicando a ella con rigor extremo el método científico, prescindiendo de su criterio personal, y que a la vez fueran escritores dotados de la claridad de lenguaje indispensable para ponerse al alcance de un público relativamente poco instruido. Firmes en este criterio, hemos escogido los colaboradores de la **Enciclopedia** entre sabios especialistas consagrados desde largo tiempo a la enseñanza en las Universidades Populares.

Acariciamos la esperanza de que nuestra empresa alcanzará su objeto: reivindicar contra las sistematizaciones religiosas los derechos de una sistematización mejor y aproximar el advenimiento de una forma social más adaptada a las necesidades de la especie y a las reclamaciones de la justicia.

(Publicaciones de la Escuela Moderna, Cortes, 478—Barcelona).

Adiós a un obrero



RAFAEL MARADIAGA

† el 4 de Julio de 1913

VENCIDO al fin por la dolencia pertinaz que se lanzó sobre su vida, nuestro compañero en las tareas del taller tipográfico, don Rafael Maradiaga ha reintegrado su energía al seno fecundo y bullente de la tierra.

Juzgando su valer moral no por la cantidad de ideas que su labio proclamara—que en esta época de simulación las palabras van teniendo su valor entendido—sino por el caudal de sus hermosas realizaciones en la vida, el compañero desaparecido era de aquellos que hacen pensar en el obrero consciente y redimido del porvenir, supremo ideal que brilla en los confines de la ruta que vamos siguiendo con silenciosa decisión.

En estas pocas y sencillas palabras, creemos condensar todo el cariño que le tuvimos, y todo el pesar que su prematura desaparición deja en nuestro pensamiento.

Pan y toros

Extracto de la obra así titulada de Eugenio Noel, F. Sempere y Cía, editores

Una hora de calma, de examen de conciencia. La juventud española no oye, pero oír, he sacado de mis andanzas esa idea. Después de todo, Europa no ofrece un espectáculo edificante, sufre una profunda crisis de intelectualidad y las novedades son pocas. No hay un dios en la literatura. Alemania desmenuza las ideas geniales de Kant en pesadimos comentarios. A la vasta mirada del genio con sus sorpresas han sucedido las filigranas del escritor con sus causticidades. La industria acapara las energías de la Humanidad. La biología gana terreno en los conceptos filosóficos de la moral. Sully Prudhomme decía que el fundamento de la moral era el sentimentalismo: **el corazón, no el espíritu, que es a la vez el maestro y el discípulo.** Hoy dice Boutrox que la moral se funda sobre la razón. No acertamos con la conducta; tampoco acertamos con el carácter. No hemos variado en nada la tabla de los valores de nuestros antepasados. Obras de análisis han sustituido a aquellas famosas síntesis que producían progreso firme. En el arte, el temperamento hace obras maestras de personalismo. En la ciencia priva la cultura. Y en el gobierno de los pueblos el dinero crea a pasos de gigante la más temerosa forma de las tiranías.

* * *

Quien trabaja no vence, quiere vencer, y eso debe bastarle. Si el fin corona la obra, ¿a qué dejarse dominar por la sugestión de la finalidad? Que nos pregunten: "¿Qué hacéis?" Contestaremos: "Trabajar." Añadirán siempre: "¿Por qué?" Contestaremos: "Por trabajar." Es nuestro deber. Este deber no es kantiano, ni spenceriano, ni filosófico, ni sentimental; es sencillamente ne-

cesidad cerebral, medular, nerviosa. Queremos trabajar como queremos satisfacer el hambre, ni más ni menos. Nos dirán también: "Sin duda alguna tú buscas o gloria o dinero." Contestaremos sin ironía: "No vendrían mal las dos cosas." No hay inmoralidad en el trabajo de un hombre que cavando una fosa se encuentra un brillante y hace muy bien si se le guarda, le cambia por oro y disfruta de su oro.

* * *

El "no" español es infalible, un género de atolladero en el que se atascan las ruedas. En efecto, parece ser que en las inteligencias españolas acaba de llover siempre.

Entráis en él como en un barrizal. Nadie os impide que entréis, pero una vez dentro os arrepentís. Si fuera posible imaginarse cómo funciona una de esas inteligencias o entendimientos, veríais la maquinaria de un viejo reloj de pesas; señalan la hora si se les da cuerda, pero no os podéis fiar de la hora que señalan. Además, y esto es lo notable, tales entendimientos son extremadamente orgullosos, y cuando afirman o niegan no hay apelación. En todo cerebro español y bajo el puente de Varolio hay un Tribunal Supremo. Decimos constantemente los escritores que somos un pueblo de abúlicos, pero esto no es científicamente exacto; la verdad es que nuestra voluntad es respecto de nuestro espíritu como el movimiento diurno del sol es respecto del movimiento nocturno de los astros; caminan a la inversa. El acto de encomendar a la voluntad una idea no existe en nosotros de la misma manera que en los cerebros europeos y tal como la formuló Locke; en nosotros se realiza de cierto modo originalísimo; senti-

da y comprendida y hasta aceptada la idea, legislamos y definimos que nos hemos tomado ya bastante trabajo y que no es cosa de laborar más. Si alguien nos excita o impele, nos hace sonreír y recibe esta réplica: "No lograréis nada." Tratad de convencerle diciendo: "Si os unierais a mí en acción, como afortunadamente lo estáis en espíritu, la empresa daría un paso más." He aquí su respuesta: "Seríamos dos en vez de uno que no lograríamos nada."

¿Comprendéis ahora por qué toda labor cultural o de regeneración es tan lenta y estéril en España? A un cerebro así organizado, ¿de qué manera le convencerán las cifras y los datos y las citas? Llorará, si tenéis elocuencia; aplaudirá, si cerráis un párrafo brillante con un cohete; asentirá si le aduláis o por casualidad afirmáis una idea que ya tenía él en la cabeza o la presentía tener: mas esperar que ese pueblo realice, de vida, lleve a cabo lo que como bueno exponéis, es no conocer a ese pueblo. Por eso yo digo que es el pueblo del **Amén**, del cabezazo, del **Ora pro nobis** y de las palmas; sobre todo del **Amén**. Con decir a todo **Amén** ya pagó su deuda. Yo creo firmemente que tales almas se hacen el siguiente raciocinio: "Ese hombre está suficientemente pagado. Fuí a escucharle, le aplaudí, le felicité, lloré, reí, comprendí que tenía razón, ¿qué más puede pedirme?" La inteligencia sana jamás se detiene en su concepción de la idea ni en su examen; siente una necesidad ineludible de transformarla en realidad, de convertirla en cosa; pero la inteligencia española se duerme en su primera victoria. Por ello Goethe no nació en España, ni Wágner, ni George. El apostolado en España es un género de fracaso al que nadie confía sus ideas por no exponerlas a la vergüenza de que los demás las llamen andariegas. La idea, como la mujer, en casa y con la pierna quebrada. Amén.

* * *

Si algún día mi alegre y vagabunda patria vuelve, como don Quijote, a su sano juicio, ha de componer una maravillosa narración con la de sus andanzas y bobaliconerías. Entre las muchas enfermedades que padecemos, las hay tan graciosas que no me explico la razón de no poseer en la fauna y flora literarias de España un humorista de primera fuerza. Figuraos un diablillo de esos en nuestro amado solar, solar por la herencia y lo vacío, y tendríamos risa sempiterna. Porque vamos a ver: ¿conocéis en España muchas personas que tomen en serio su destino o el de su patria? Abrid un periódico ilustrado y prescindid de los monos—toreros, reyes, procesiones, inundaciones y criminales—; lo que resta son artículos y monigotes de guasa, de burla, de chungu, de **pi-torreo**.

La crítica filosófica toma entre nosotros la forma de broma, cierta clase de ironía burda que consiste en juzgar las cosas del cerebro con el estómago y en llenar con el páncreas las neuronas. Uno de esos críticos busca asunto; ¿creéis que lo eleva de tono, que juega artísticamente con él y compone una pieza mordaz a través de cuyo picado podéis reflexionar profundamente y educaros? No, por Dios. Lo coge, lo enloda, lo sume en mosto, en turba, en rancho, en grasa, y os lo sirve riendo. Poseen los ingleses el **humour**; los franceses, el **esprit**; nosotros el arte de hacer coquillas. No pasamos en nada ni por nadie de la piel. Tenemos en el lenguaje dos modismos: a ras de tierra y a flor de piel. Abandonamos lo que cuesta trabajo a los extranjeros y escogemos siempre la mejor parte. Nos hacemos esta profunda reflexión: Ya nos aprovecharemos de lo que inventen otros. Otras veces nos decimos solemnemente: Las circunstancias se encargarán de provocarnos. Si esas circunstancias no llegan, tomamos pacíficamente el sol, que según los sabios modernos

es el gran remedio. Un español es una especie de mecanismo ingenioso; se está siempre quieto hasta que lo tocan; entonces suele hacer monerías tales como hacer que se enfada, torear una silla, abrir una navaja de diez muelles, vomitar una blasfemia o pedir limosna. Como veis, no todos los europeos son capaces de eso. Sin embargo, hay que fijarse y tener cuidado, porque eso no es hacer el payaso, sino entender la vida. El que discurre está en peligro de ser un **primo** o un **panoli** y merece que se la **diñen**. Tenemos nuestras ideas y hasta una variada filosofía del pesimismo. El autor del **Eclesiastés** abriría ojos tamaños al oírnos hablar de la existencia. Nuestro valle de lágrimas es un valle de la Ortava o la isla de Ceilán. Para nosotros todo ha ocurrido ya, y lo que tiene que suceder sucederá aunque se oponga a ello un toro.

En consecuencia, hemos inventado el principio filosófico de que "la vida es un fandango y el que no lo baila un tonto", frase admirable que no se le ocurrió a Lenau, Heine, Leopardi, von Hartmann, ni al mismo Kovaleusky, el célebre autor de **studien zur Psychologie des pessimismus**. Yo, que sé tantos nombres raros que no me caben en la cabeza, ignoro de un filósofo notable que haya discurrido un sistema moral como el que nosotros poseemos. En efecto, prever los sucesos **es volverse loco**; no pensar en el porvenir es evitarse **quebraderos de cabeza**; cuidarse del presente es no saber aquello de **Dios dirá**; trabajar es ignorar el padre nuestro. Guyau pudo hacer en su **Moral de Epicuro** algunos buenos capítulos acerca de esta idiosincrasia nuestra, a la que pomposamente los repugnantes aduladores de nuestra psicología llaman heroísmo, sobriedad y otras simplezas. Según ellos, nuestra indiferencia no es cobardía, sino serenidad. Cierto: **impavidum ferient ruinae**. Cuando nos encontramos ante el peligro tenemos tal grandeza de ánimo, que de-

cimos: "Da tú primero". Cuando salimos del peligro rotos, deshechos, vencidos, tenemos tal cantidad de espíritu, que nos chanceamos diciendo: "¡Atiza, no era manco!" Así hemos perdido estas bagatelas: la hegemonía del mundo, las escuadras, América, Gibraltar y la vergüenza. No obstante, quien nos dice las verdades nos ofende. Un español ofendido es una cosa terrible; os llama cosas fantásticas que él ha discurrido en las plazas de toros; blasfema, ruge y os da un navajazo en las entrañas. Es así, y ¡qué le vamos a hacer! Cuando deseáis conocer el espíritu español, alzaos de hombros o lanzad un sonoro ¡pss!...

A Felipe II le notificaron la destrucción de la Invenible oyendo misa. ¿Creéis que vale la pena dejar de oírlo? ¡Bah, un chiste!... Salimos del paso con las zaragatas y las bagatelas. La preocupación es en castellano sinónimo de locura. Un hombre que piensa es un orate. A la temeridad le llamamos valor y a la prudencia **mieditis**. Odiamos la reflexión, y nuestro desprecio por el que reflexiona es gallardísimo; cae en la caricatura, en la befa, en el escarnio. En el Parlamento, cuando se leen las cifras se van los diputados. Se llenan los escaños de las plazas y del Congreso cuando **va a haber hule**. En nuestro escudo falta el cohete. Si se reúnen dos personas para una reivindicación social, no sabéis lo primero que hacen; creéis que estudian el problema, pero lo primero que compran es una bandera con muchas borlas y moñas. Somos tan estetas, que tenemos de la belleza y sus cuestiones las siguientes profundas ideas; la luz reflejada o irradiada en las lentejuelas, es maravillosa; un traje de luces, el ideal: somos monárquicos por los penachos que sacan los caballos de las Reales Caballerizas. En nuestros discursos ha de salir y ponerse el sol varias veces, cantar los pajaritos, correr las fuentes y cruzar paisajes; si no habláis así no os oírán, y se

dormirán si sacáis el tanto por ciento de los doce mil millones que debemos por nuestros errores. Nos entregamos a quien nos sabe hacer unas cosquillas con menos daño. La piel de España es tan célebre, que ha dado nombre a un perfume. Es morena y algo velluda, con una pelusa semejante a la del melocotón, los poros muy abiertos, con ronchas de no lavarnos. Quien nos rasca, soba, punza y acaricia nos hace ver países deliciosos, una hamaca, guajiras y la mosca del sueño. España es una hembra de cuidado, con cosquillas en todos los sitios. Su ideal es que el bello húmedo de un toro le haga cosquillas bajo los sobacos. ¿Creéis que exagero? Nada de eso. Leed los periódicos, los libros, los discursos: id al teatro. Chistes, chismes, risa, retruécanos, equívocos, hamponería. No tenemos un Hamlet, ni maldita la falta que nos hace. A cambio de eso tenemos cerca de sesenta matadores de toros y unos centenares de hombres que tienen cascabeles en la pluma con que escriben y campanillas de muleta castellana en la lengua cuando hablan. El remedio de esa enfermedad de la piel, es lavarse. Hasta que no tengamos baños públicos no se nos quitará. Pero, señores, ¿sabéis de alguno que se atreva a llevar España al agua?

* * *

"..... que con razón me quejo de la vuestra fermosura." Hablaban así nuestros tatarabuelos, y vive Dios que no podían hacerlo de una manera más española, simpática y alta. Cervantes la puso en solfa creyendo de buena fe que tan enrevesada locución no respondía a los sentimientos de la raza. Pero Cervantes es el mayor enemigo que ha tenido el **Romancero** y aquí nos encontráis pendientes de los libros de Menéndez Pidal, de su gramática histórica y de su flamante **Cid**, los cuales libros pretenden restaurar en las conciencias los tiempos heroicos. Es muy curioso observar cómo las

naciones a medida que degeneran y se extravían hozan y escarban en su pasado, entregándose a éste de tan desafortunada manera, que no parece sino que habemos de restaurar las épocas del conde Dirlos, del conde Ciaros, del conde Alarcos o del conde García.

Las mejores inteligencias excavan en los yacimientos históricos y nos descubren maravillas mientras nuestro presente es un horrible e inmundo falansterio. ¿Por qué cerebros tan privilegiados no se dedican a revelarnos los misterios físicos y sistematizan las teorías naturales, los problemas de la vida, las cuestiones de la producción? ¿Por qué se da en España un autor de la Biblioteca Nueva o un Gallardo y no un Darwin, o un Haeckel, o un Pasteur, o un George? ¿Qué dirán de nosotros los venideros al repasar el inventario que les legaremos y no encontrar en él otra cosa que prodigios de erudición acerca de unos viejos siglos de leyenda y encanto? ¿Qué diablos les interesará un libro formidable que descubra las fuentes del derecho español mientras en los albores del siglo XX nadie tiene genio ni energía para edificar nuestras costumbres, nuestras leyes, en armonía con los ideales de nuestro tiempo y exigencias científicas? ¿Es que vale más descubrir una nueva y oscura crónica que una estrella, que una bacteria, que una ley psicológica? ¿Y por qué endemoniado destino hemos de poseer nosotros bibliotecarios sublimes y no profundos inventores?..... Algunos creerán que estas interrogaciones no tienen contestación, demostrado ya que los españoles no han contribuido al progreso humano de estos últimos tiempos en otra moneda que en excesos de fanatismo e intransigencia. Tienen respuesta, ya lo creo que la tienen. España es un país en el que el pueblo, por instinto, va siempre adelante y sus sabios y poderes públicos hacia atrás.

Si yo hubiera estudiado en Ale-

mania y pensara en alemán, ¿de qué modo tan enrevesado os daría formulada esta ley sociológica española!....! Todos nuestros desastres, como las lenguas habladas en el mundo, tienen escasamente un centenar de raíces. En cien líneas podríamos saber cuáles eran las causas de nuestras fatales e incesantes equivocaciones. Y esas cien líneas bien caben sintetizadas en esta idea simple y brava: en España el Genio es conservador, el instinto revolucionario. Precisamente lo contrario que ocurre a las otras razas, en las que el Genio conduce al pueblo, como Pegaso a la inspiración. Cuando entre nosotros brota un alma genial, ¿sabéis a lo que se dedica? A rebuscar en el pasado. ¿El presente y el porvenir? ¡Bah! El pueblo se preocupará de él. ¡El pueblo!.... el colosal autor de ese admirable y gigantesco pasado, el que ideó y realizó la epopeya grandiosa del **Romancero**. Sin embargo, el porvenir nuestro es muy triste. Las mentalidades se dedican a descombrar lo pasado, y vemos en la alta intelectualidad española una tendencia siniestra a la evocación de los viejos días. Las Academias lo demuestran: allí no hay promesa del mañana. Las Bibliotecas lo afirman: allí no hay redención.

El pueblo mira esa labor con indiferencia, porque los genios no le dicen lo que ha de hacer, sino lo que ha hecho, y nuestro pueblo no puede pararse a reflexionar y deducir de aquella labor la futura. ¿No pensáis así estudiando las obras de don Marcelino Menéndez Pelayo? ¿Qué falange de sabios en torno suyo! ¿Qué verdaderas autoridades del pasado! De ellos se puede decir lo que hace unos años afirmaban de don Aureliano Fernández Guéron y Orbe: que había vivido en el siglo XVI, tal era su documentación de aquel siglo.... Bonilla y San Martín, Hinojosa, Menéndez y Pidal, Rodríguez Marín.... Pueden estar orgullosos los bibliotecarios y los

archiveros de esos hombres suyos pacientes, pacientísimos, geniales, cuyo cerebro ilumina los rincones del pasado y nos describe los encantos guardados o escondidos allí. En cambio, nadie se adelanta al pueblo y prepara su mañana. Esto es más difícil, más sombrío; duele mucho el corazón en este ingrato trabajo seco, lleno de peligros, trampas y errores. Don Marcelino Menéndez Pelayo historió aquellos lejanos siglos; sistematizó los hombres, las ideas y sus libros; los encasilló; quiso hacernos ver que teníamos una ciencia española, como tenemos una pintura nuestra y una literatura; quiso también demostrarnos que, oponiéndose nuestro sombrío genio político a los heterodoxos españoles, escapáremos del mayor de los males: la Reforma. Y claro está, su obra meritísima, a la que no es posible regatear buena voluntad, trabajo y genio, no ha llegado al pueblo encarnada en actos, ni llegará jamás. Lo triste sería que llegara, que nuestro pueblo se convenciera de haber sido grande al amparo de la intransigencia.

Entonces ¿cómo decirle que el progreso moderno es un resultado de aquellos hombres de la Reforma, de aquella legión del Renacimiento, que pintara en grupo el admirable Kolbach? ¿Cómo decirle que solamente contribuímos a ese movimiento intelectual con Cervantes? Cervantes es nuestro refugio. Todavía chasquea en el aire su látigo. El nos habla con ironía sangrienta de unos días en los que nuestras heroicidades parecían cosa de titanes y nos aconseja para no renovarlos quemar aquellos libros. El pasado nos mata, nos asesina. Nuestros hombres de genio beben en esas fuentes la esterilidad para la acción. El pueblo que los necesita oye solamente que un día fue el más grande de todos, que Vives no tiene nada que envidiar a Rogerio Bacón, que la Inquisición nos hizo mucho bien, que de los monasterios salieron los gigantes capaces de oponerse a la invasión del

pensamiento universal. ¿Qué conductor de pueblos se atrevería a dirigir un pueblo con esa impedimenta? ¿Qué necesidad tiene un pueblo tan grande de moverse si sus destinos fueron cumplidos? ¿No os parece contemplar a nuestro pueblo delante de la civilización moderna enja-

retándole esa frase?..... La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal modo mi razón enflaquece..... Pero con estas razones no se descubre el bacilo de Kock, ni el radio, ni la síntesis del acetileno, ni el mañana. El pueblo lo sabe, escucha y calla.

La política

Está admitido por la rutina, aunque no por la razón, que esta hila más fino, que el gobierno de cada uno por sí mismo es imposible.

Y está no menos admitido, aunque sea no menos racionalmente inadmisibile, que lo que uno sea capaz de hacerlo para sí, puede hacerlo bien para los otros.

Tal es el fundamento del gobierno como teoría y como práctica, como derecho y como hecho, de donde se origina la política, que definiéndola, dijo uno: **La política no es ciencia ni arte ni oficio, sino artificio**, cuya definición resumió otro en esta disyuntiva: **Sólo hay dos maneras de gobernar los pueblos: por la fuerza y por la farsa**; lo que los gobernantes modernos, condecorados con el título de grandes estadistas, resuelven en esta fórmula mixta: **La democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo**, en que participan por

igual la farsa y la fuerza combinadas.

A esa altura nos encontramos: el artificio del mando, sostenido sólo por la fuerza, sería ya la debilidad, porque no hay mandarín obedecido en nuestros días por la autoridad propia; hoy se manda por consentimiento popular tanto como por delegación divina, por abulia o por ignorancia, **por la gracia de Dios y de la Constitución**, como expresan las monedas de cierto cuño.

Puede decirse que a la fuerza gubernamental, fundada en el derecho divino, ya desacreditado, ha sucedido la fuerza gubernamental fundada en el sufragio universal que tiene todavía cándidos creyentes, ambas originadas en análoga superchería, pero la última dotada aún de la fuerza necesaria para imponer la obediencia.

Anselmo Lorenzo.

Notas

Arthur Bauer escribe en la *Revue Bleue* acerca de la cultura en la democracia. Hace ver primeramente que no es posible borrar en las democracias las distinciones fundadas en necesidades naturales (de edad, sexo, temperamento, salud, etc.) o en la necesidad social de diversidad de funciones; que lo exigido por el principio democrático es que las condiciones de desarrollo y de éxito sean iguales para todos. Define las cuali-

dades de inteligencia, de instrucción, de sensibilidad y de carácter que debiera reunir la clase directora. Hace el cuadro del hombre superior, honrado e independiente, que tiene conciencia de la solidaridad con sus semejantes, que no separa su destino del público destino y que sabe mantenerse siempre en contacto de las realidades, alejado de ensueños y quimeras. "Tal superioridad de la persona humana no está sepultada

en no se qué profundidades misteriosas. Tal superioridad se revela en todo: en el vestido, en el paso, en la fisonomía, en el arte de hablar y en el más difícil, a veces, el de callar." Habla particularmente de la fuerza de voluntad y advierte bien que la voluntad no es "una de esas fuerzas de que tan escandalosamente abusó la Edad Media y que ciertos modernos quisieran poner nuevamente en circulación." "Es ella una realidad positiva, una expansión de la vida, una manifestación de la personalidad que reacciona a las impresiones de fuera mediante un mecanismo interno de gran complejidad."

Sostiene luego la necesidad de no confundir la primera enseñanza y la segunda y dedica especial atención a esta última, demostrando el papel que en ella deben representar el uso activo de la razón y el **cultivo integral de la personalidad**. "Para trabajar la materia bruta, bastan músculos y movimientos tan simples que una máquina puede ejecutarlos. Otra cosa es formar al hombre y dirigirlo. La fuerza sola rompería los resortes sutiles, delicados y complejos del mundo moral. Lo importante aquí no es el movimiento exterior, sino la idea y el móvil que lo determinan. Ahora bien, las ideas y los sentimientos sólo se modifican bajo la presión prolongada e inteligente de las fuerzas espirituales, y para llegar a manejar con alguna habilidad tales fuerzas, es preciso haber aprendido mucho. Los futuros directores están, pues, obligados a seguir un largo circuito para llegar al fin propuesto." . . . "Parece entonces a los hombres cegados por el deseo de las realizaciones inmediatas, que todos esos largos ejercicios preparatorios no son más que futilidades pedantescas. Estos hombres prácticos se encogen de hombros ante todos aquellos trabajos escolares que duran años enteros y que sin embargo no hacen del alumno un contador ni un mecanógrafo ni un agente viajero capaz de pedir en varias lenguas una

chuleta. El latín, el griego, la gramática, el estilo, las teorías, todo ello los irrita, y hoy ni se toman el trabajo de demostrar su inutilidad, porque, a fuerza de afirmarla, han acabado por persuadirse, con la complicidad de la multitud de los incompetentes, de su carácter axiomático."

M. Roger acaba de relatar en la *Presse Médicale* (Febrero 1913) su propia concepción de la intervención de la bilis en los fenómenos digestivos, según sus experimentos personales y según los trabajos de los muchos fisiólogos que en los últimos años han estudiado dicha secreción. Resumimos así:

1. La bilis no contiene fermentos digestivos, pero ejerce una importante influencia zimosténica: es decir, la bilis provoca la secreción de ciertos fermentos (la invertina, por ej.) y excita la acción de otros (amilasa del páncreas y lactasa del intestino).

2. La bilis colabora en la digestión y en la absorción de las grasas y ejerce una acción especial sobre las albúminas y las peptonas, redisolviéndolas después de precipitarlas de sus soluciones ácidas.

3. Aunque desprovista de propiedades bactericidas, la bilis dificulta las putrefacciones debidas a las bacterias intestinales y disminuye el poder de sus toxinas. Lo primero se realiza de tres maneras: favoreciendo el desarrollo de ciertos microbios en detrimento de los anaerobitas (agentes principales de las putrefacciones); disminuyendo la secreción de los fermentos elaborados por las bacterias; y contrariando la acción de estos fermentos sobre las materias fermentescibles.

4. La bilis impide la coagulación del mucus por la mucinasa intestinal.

5. La bilis estimula las contracciones de las fibras musculares del intestino.

Philippe Berger, del Instituto de Francia, tratando del genio de la li-

teratura hebraica (**Le génie de la littérature hebraïque**), dice mucho. A ver si podemos resumir:

I. La literatura de un pueblo da la prueba de la importancia de su papel en el mundo. Una gran literatura supone un pueblo que ha hecho grandes cosas o al menos una gran cosa. Salvo muy raras excepciones, un pueblo tiene, en efecto, la literatura que se merece: ella vale lo que vale el pueblo mismo, siendo como es el reflejo de su alma. La grandeza de un pueblo no se mide por el lugar que ha ocupado en el mapa, sino por la acción ejercida sobre la humanidad. Y, como en definitiva las ideas gobiernan el mundo, un pueblo, al igual de un hombre, es grande cuando ha concebido fuertemente una idea, le ha dado cuerpo y se ha consagrado a su triunfo.

II. La derrota no es prueba de la falsedad de una idea: a menudo es la condición de su triunfo. Atenas, que ha sido vencida por Esparta, y que ha acabado en medio de las discordias civiles y de los excesos de la demagogía, ha hecho más por la humanidad que su rival triunfante.

III. Toda obra de genio implica cierto grado de impersonalidad porque debe salir de los límites de la personalidad para convertirse en obra verdaderamente humana. Todo lo que es personal es pequeño, mezquino y pasajero. El hombre es grande en tanto deja de pertenecerse para ser sólo el intérprete de la idea que ha hecho suya. La grandeza del hombre se mide por la grandeza del sacrificio de su personalidad.

Las grandes obras literarias son esencialmente impersonales. Así lo comprendió la antigüedad. La idea de la propiedad literaria es una idea de decadencia. Lo que es cierto es del dominio de todos. No tenemos de personal más que nuestros tanteos por llegar a la verdad, nuestras imperfecciones y nuestros errores.

IV. El hebreo, poco dispuesto a las sutilezas filosóficas, pero dotado de una imaginación fuerte, que se

posesiona de las cosas en su realidad sensible, no ha admitido nunca—o al menos no lo ha admitido sino muy tarde y por la influencia extranjera—esa justaposición de dos principios diversos, alma y cuerpo, que viven lado a lado y de los cuales uno sigue existiendo cuando el otro ha dejado de vivir. “Cuando Dios retira su soplo, la vida desaparece y el hombre se vuelve polvo.”

La vida, siendo la esencia misma del hombre, aparece al hebreo como el fin último de la creación. Sobre esta tierra ha concentrado él sus esfuerzos y sus esperanzas. Las perspectivas de una vida de ultratumba le han preocupado poco, y aun parece que sus profetas las hayan desechado como puerta abierta a la superstición y a la idolatría.

Gustavo Jaumann, eminente físico alemán, ha expuesto las mejores ideas sobre el fin del mundo en la conferencia de toma de posesión del Rectorado de la Escuela Politécnica de Brünn. La *Revue Scientifique* del 10 de mayo trae una traducción que recomendamos a los físicos del país. Ellos verán cómo abandonando la forma integral del principio de conservación de la energía y aceptando la forma diferencial, se salvan todas aquellas dificultades que el mismo Henri Poincaré no supo vencer y que hicieron creer a ciertos sabios llegada la hora del ocaso de las más fecundas concepciones del siglo XIX. La validez del principio de la energía es incontestable. Los fenómenos de radioactividad, mejor estudiados, suministran una sorprendente nueva confirmación. La teoría de la estabilidad de los sistemas planetarios, hoy bien cimentada, asegura una duración indefinida a la evolución física e intelectual de la humanidad.

Para alguien: el oro contenido en el agua de los mares parece cosa despreciable. Sin embargo, si se le pudiera recoger y repartir entre los

1500 millones de habitantes de la tierra, a cada uno le tocarían unos 24 millones de dólares, según cálculos muy aproximados.

Hacemos constar que los datos de que nos servimos para redactar la nota que aparece en el número 60 al pie de la página 181 fueron toma-

dos de **Les Temps Nouveaux**. Según carta dirigida por el Dr. Queraltó, el 13 de Marzo, a la **Revue Médico-Sociale**, tales datos resultan desfigurados y exagerados. No obstante, el fondo de nuestra nota permanece cierto.

Elías Jiménez Rojas

LA LINTERNA

Revista de jovialidades y de Crítica Social

El viernes, 18 de julio, aparecerá esta revista semanal cuya índole festiva y maliciosa encaja perfectamente dentro de las necesidades del momento actual.

Han formado la empresa los señores

Falcó & Hernández

bien conocidos ya de nuestro público, y colaborarán en tal revista las más reputadas plumas del país.

Iniciará esta importante publicación un álbum fotográfico de bastante interés que empezará con los retratos de los que asistieron al último baile de fantasía.

Las crónicas semanales estarán a cargo de **Merlín**. Las caricaturas serán siempre de rigurosa actualidad, y serán debidas al travieso lápiz de Hernández que tiene ya no escasa celebridad entre nosotros.

Hay que buscar, pues, la humorística publicación que será vendida al pregón, en las librerías **FALCÓ** y **ALSINA** y en la Barbería Española.

Para los agentes de provincias el paquete de 10 ejemplares **80 céntimos. Pago anticipado.**

El abono de la suscripción: Costa Rica, **un colón cincuenta céntimos trimestre**. Extranjero, **tres dólares año. Pago anticipado.**

Precio del ejemplar: 10 CENTIMOS

Administración: **Librería Falcó** - Apartado 638, San José, Costa Rica

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

RESTAURANT
PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 247

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

En la LIBRERÍA FALCÓ

Se han recibido las siguientes obras nuevas
de la popular BIBLIOTECA DOMENECH.

- POR LA VIDA, por J. Pous y Pagés.
- LAS ROCAS BLANCAS, por Eduardo Rod.
- ALMAS EN PENA, por Bjornstjerne Bjornson. ✓
- EROTICA, por B. Morales San Martin.
- RELATO DE UN NIHILISTA, por Anton Tchekov. ✓
- EL CUPON FALSO, por León Tolstoi.
- DEL HUERTO PROVINCIANO, por Gabriel Miró.
- EL SECRETO DEL AHORCADO, por Carlos Dickens. ✓
- BALADA, por R. Sánchez Díaz.
- EL ABISMO, por Carlos Dickens y W. Collins.

Estas obras lujosamente empastadas se venden a **4 reales** el tomo

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zacacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nien.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Liechtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto-sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntés de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El refugio, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne.
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.